

PHILIPPE SÉNAC Y
CARLOS LALIENA CORBERA

1064, BARBASTRO

GUERRA SANTA Y YIHAD
EN LA ESPAÑA MEDIEVAL

Traducido del francés por Carlo A. Caranci

ALIANZA EDITORIAL

ÍNDICE

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	9
INTRODUCCIÓN	11
I. AL-ANDALUS Y EL VALLE DEL EBRO A MEDIADOS DEL SIGLO XI	21
El final del califato de Córdoba y el nacimiento de las taifas	21
Los príncipes de taifas y los soberanos cristianos	25
Las taifas de Zaragoza y Lérida	30
II. LA ESPAÑA CRISTIANA A MEDIADOS DEL SIGLO XI	37
Reyes, condes y grandes linajes aristocráticos	37
La renovación monárquica	42
La guerra contra los musulmanes y las <i>parias</i>	45
Ramiro I, rey de Aragón	47
La expansión catalana	52
III. LA CIUDAD DE BARBASTRO A MEDIADOS DEL SIGLO XI	61
La ciudad y sus murallas	61
Una barrera de fortalezas	66
Letrados y juristas de Barbastro	69

IV. EL PAPADO Y LA GUERRA CONTRA LOS MUSULMANES.....	73
El desarrollo de una ideología de guerra santa.....	73
La intervención pontificia.....	79
El papa y la expedición de Barbastro.....	82
V. LA EXPEDICIÓN CRISTIANA Y LA CONQUISTA DE LA CIU- DAD.....	89
La batalla de Graus y la muerte del rey Ramiro I (1063).....	89
La organización de una expedición «internacional».....	92
La ocupación de Barbastro y el saqueo de la ciudad.....	100
VI. LA YIHAD Y LA RECONQUISTA DE LA CIUDAD.....	109
El eco de la derrota en al-Andalus.....	109
La reacción musulmana.....	114
Ahmad b. Sulaymān al-Muqtadir bi-llāh	117
VII. LAS CONSECUENCIAS DEL ACONTECIMIENTO	121
El eco de la victoria	121
La atracción del mundo andalusí.....	126
Roma y el reino aragonés.....	129
Los francos en España	132
Los primeros éxitos aragoneses	134
CONCLUSIÓN.....	139
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	145
NOTAS.....	173
ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES.....	207

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro, bajo un título un poco enigmático, trata de una excepcional aventura feudal en la que guerreros procedentes de toda Europa se reunieron después de un larguísimo viaje junto a los muros de una ciudad islámica del valle del Ebro, Barbastro, para asaltarla y saquearla. Su victoria, descrita con minuciosidad por los cronistas árabes, formó parte del desarrollo de una ideología de guerra santa en Occidente y contribuyó, además, a impulsarla de una manera decisiva. La respuesta de los príncipes taifas de al-Andalus provocó un intenso pero breve recrudecimiento de la yihad en unas sociedades musulmanas en las que esta noción había perdido mucha fuerza en esta época. Los historiadores han prestado mucha atención desde hace un siglo a este acontecimiento, pero a los autores nos pareció que el contexto regional —el mundo ibérico, cristiano y musulmán— no era suficientemente tenido en cuenta y que las fuentes, tanto árabes como latinas e incluso arqueológicas, ofrecían muchas posibilidades para una reinterpretación general del acontecimiento. Desde esa perspectiva fue construido este ensayo, concebido para un público francés amplio. Los lectores españoles deben tener en cuenta este enfoque inicial, puesto que el libro es una traducción del original francés. Los autores, confrontados con los problemas conceptuales que plantean algunos términos, quieren dejar constancia de que ex-

presiones como «España», «Francia», «Italia» y otras carecen de las connotaciones propias de los estados-nación y reflejan únicamente aspectos geográficos. En ocasiones, es posible hacer algunos cambios para adaptar este tipo de términos a otros más adecuados, como «España musulmana» por «al-Andalus» que es universalmente admitido, pero no siempre. En este sentido, Hispania (en latín) equivale a al-Andalus, como es sabido. Esta observación es válida también para «reconquista», una noción que para un público francés carece de la carga ideológica que reviste en la actualidad en nuestro país. También hemos sustituido el adjetivo «francés» aplicado a caballeros y otras gentes que participaron en la expedición contra Barbastro por «franco», que es más apropiado y es corriente en este periodo. Para facilitar la lectura, se ha empleado un sistema simplificado de transcripción del árabe, limitándonos al uso de las vocales alargadas (ā, ū, ī) y la ayn (‘) en los nombres y las palabras en esta lengua, de las que se da siempre una traducción, al igual que algunas frases latinas muy expresivas. Como norma general, se han castellanizado los nombres. Por último, hay que señalar que esta edición ha sido revisada por los autores y se han introducido ligeras modificaciones para hacer más comprensibles determinados problemas, además de algunas correcciones menores.

In fact, it will be argued that, unless important new evidence comes to light, the campaign must remain an enigma*.

Marcus Bull
*Knightly Piety and the Lay
 Response to the First Crusade. The Limousin
 and Gascony, c. 970-c. 1130*
 Oxford, Clarendon Press, 1993, p. 73

* En realidad, puede afirmarse que, a menos que un nuevo elemento salga a la luz, esta campaña seguirá siendo un enigma.

INTRODUCCIÓN

Esta fue la primera razón de mi opción: la atracción del placer. Yo insistiría más sobre la segunda. Así, comenzó a parecerme no solo posible, no solo útil, sino francamente necesario, para llegar hasta los movimientos oscuros, que hacen que se desplacen lentamente, a lo largo de los años, los basamentos de una cultura, sacar partido del acontecimiento.

Georges DUBY, «Prefacio», *Le dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214* [trad. esp.: *El domingo de Bouvines*, Alianza Editorial, Madrid, 1988; trad. de A. Firpo]

En la primavera de 1064, un ejército de guerreros cruzó los Pirineos para llegar a España. No se sabe con certeza cuántos eran, pero la expedición involucró, sin duda, a varios miles de hombres. En su mayoría eran caballeros, animados por una sed de venganza y un deseo de enfrentarse con el *Otro*; es decir, el infiel, el musulmán, que merecía ser castigado, no solo porque se le podía considerar una especie de hereje, sino porque acababa de matar a un rey, Ramiro, el soberano aragonés con quien varios linajes nobiliarios de allende

los montes habían tejido lazos de amistad. El año anterior, en efecto, en el mes de mayo, en las primeras estribaciones de los Pirineos, en una localidad llamada Graus, los infieles habían vencido a este rey, que murió durante el combate, dejando a su joven hijo Sancho un reino amenazado. Esta derrota justificaba un castigo y el ejército cristiano había llegado para pasar por la espada al enemigo, eligiendo como blanco una pequeña ciudad musulmana del valle del Ebro, llamada Barbastro y conocida en árabe por el nombre de *Barbuštar* (o *Barbaštur*).

A decir verdad, la llegada de los guerreros franceses a tierras hispánicas no era algo nuevo: con el recuerdo del emperador Carlomagno y de sus esforzados compañeros, algunos caballeros francos se habían dirigido ya a España para combatir al infiel. En la primera mitad del siglo XI, éste había sido el caso del normando Roger de Tosny, después el de Guillermo Sancho de Gascuña, y también el del conde Bernardo de Bigorra, que murió luchando cerca de la fortaleza de Loarre a mediados del siglo XI. Una ruptura, en todo caso, ya que hasta ese momento se trataba únicamente de empresas individuales y de alcance limitado. Sin embargo, el hecho que pretende relatar este libro es nuevo, puesto que representa un giro decisivo en la historia de los «asuntos de España» y ello por varios motivos. En primer lugar, porque las tropas llegadas del Norte se unieron a guerreros normandos provenientes de Italia y a contingentes catalanes. La ofensiva, pues, adquirió el aspecto de una expedición «internacional». Sobre todo, porque estas tropas se movilizaron con el apoyo de un papa, e incluso por su apelación. Estas novedades han llamado la atención de los historiadores durante mucho tiempo, y para algunos es aquí, en las fronteras de al-Andalus, al pie de los Pirineos, donde surgió la «cruzada»¹.

De esta guerra entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica se habla mucho. Demasiado, quizá. De hecho, bajo el efecto de las tensiones que invaden la actualidad, el número de trabajos relativos a la *reconquista* ha crecido considerablemente. Mencionar todas las publicaciones referidas a esta cuestión sería incómodo en la

medida en que son cientos los estudios y los programas de investigación consagrados a esta lucha secular calificada unas veces de «justa», y otras de «sagrada» o de «santa», en particular desde los años 1960². Un gran medievalista, Jean Flori, trazó brillantemente la evolución de esta guerra santa, casi su estratigrafía, desde la Antigüedad hasta la Reforma gregoriana, distinguiendo varias fases. En un primer momento «justificable», después se hizo «meritoria», luego «sacralizada por la Iglesia» y, finalmente, «santificada por el papa» a lo largo del siglo xi³. La demostración es convincente y rastrea perfectamente el surgimiento de esta ideología guerrera antes de la primera cruzada (1099). Sin embargo, ir a buscar en los montes asturianos a comienzos del siglo VIII, en Covadonga, las primicias de lo que se califica como la *reconquista* parece excesivo⁴, incluso si, como hacían notar a mediados del siglo XX, José Antonio Maravall y otros historiadores, la expansión armada constituye uno de los hilos conductores de toda la historia de la España medieval⁵.

Sin duda, algunos poderosos, por influencia de abades o de obispos, se sintieron muy pronto portadores de un deber de combatir a los musulmanes, al modo de una misión cristiana; sin duda, las crónicas asturianas redactadas entre los siglos IX y X revalorizan la lucha armada⁶; sin duda, se adivinan en la documentación anterior al año 1000 indicios de una agresividad creciente hacia los musulmanes, pero hacer de la guerra contra ellos una ideología extendida sería erróneo, ya que la recepción del mensaje fue muy reducida. Hay que recordar que, en el momento culminante de la tormenta amirí, condes cristianos se entendieron con Almanzor (*al-Mansūr*) para atacar Compostela, importante centro de la cristiandad hispánica. Los pobres diablos, libres o dependientes que poblaban el campo o los pueblos que surgían, tenían entonces solo una mínima idea del islam o de los musulmanes, y lo que animó a los combatientes fue el placer de la lucha y el deseo de apoderarse de botín. En otras palabras, la guerra contra el infiel fue, quizá, un «programa», para ciertos hombres de la Iglesia, pero fue también, para otros, una exaltación, la desmesura de combatir y de conquistar. Saber si, como afirmaba el